

JUAN CARLOS QUINTERO HERENCIA  
El cuerpo del milagro

*bokeh* \*

© Juan Carlos Quintero Herencia, 2016  
© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2016  
© Bokeh, 2016

ISBN 978-94-91515-36-1

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

## *Envío para el cogollo*

Tenía yo unos deseos enormes de ir a Europa, lo consideraba imprescindible para mí. Pero por mi desconocimiento y olvido de la circunstancia cubana, caigo siempre en trampas tendidas por los demás, pues todavía a mi edad me es imposible concebir que alguien haga mal por bien gratuitamente.

José Lezama Lima en carta a José Rodríguez Feo

Antes de partir le he dejado estas notas.  
Tomándome la libertad de hablarle en estos términos,  
no puedo con esa inmovilidad de carey telúrico o  
la conversación imposible que me le han impuesto,  
me dirijo a usted  
desde el mismo lugar donde tantos niños hablan con amigos  
/ invisibles,  
escondidos en roperos y rincones,  
saludan las ausencias que les acompañan y  
así matan el tedio o el horror,  
me dirijo a usted creyéndolo amigo,  
grande atrevimiento este por la distancia y la muerte que nos separa.  
Creo enviar aquí lo necesario para su viaje.

Sahumerios y algazara infugado roedor de la ceniza,  
le espera en Granada cubierto de banderillas de nácar un compadre  
/ criollo,

---

\* 26 de junio de 1992, 1 de agosto de 1993, 9 de mayo de 2003, 1 de enero de 2006, 21 de junio de 2010 y 13 de enero de 2015, Santurce, Río Piedras y Silver Spring.

roto el corazón de expectativas por una cornada,  
tamborileando como una gitana,  
lo aguarda el mejor duende caborojeño,  
le han descrito su fisonomía,  
sus apetitos sibaritas,  
su portentosa almohadilla,  
la de ofrendas energéticas que le recorrerán  
una vez la suma llegue a sus manos,  
estacionado en la rueda de otra isla más  
que se pudre en su grandeza,  
el regalo que confirma su densidad de angelote  
va con estos versos.

Late confirmada su venida en la nada de un deseo paralelo,  
visitaciones a Joyuda y  
a los senderos del eco en Guavate,  
flor tostonil desposada de pringue,  
pezuña hendida sedienta de iniciales,  
la de coincidencias en su cielo,  
los buñuelos en su paladar,  
la de aceites del aguacate,  
verle llegar vejigante de plata o la jarana,  
no sabe lo que ha sido soportar la quietud de este paseo que nunca  
comienza,  
las miradas a un techo de nubejas y embelesos,  
fabricaciones de yeso y cuevas pululan mi morada,  
ahora que por fin conocerá Corinto y el musgo rojizo de Delfos,  
los azúcares del litoral no le dejan saborear el ruido de su cuerpo.

Estaré asomado a la ventanilla de su asiento,  
como una caricatura en las tardes escolares,

justo si el desespero mueve su escoba,  
nada tiene que decir  
nada tiene que hacer,  
ahí estaré,  
diligente trataré  
como el impulso en la barranquita,  
como la dueña que organiza sus utensilios presintiendo la visita,  
abrir los caminos que deba usted recorrer para saciarse,  
para que lo diabólico no le venza con su jilguero de hielo,  
para que el temor quede junto al refajo de la madre y se deje ir,  
para que saboree los manjares de la estación prometida.

Ya le veo temblar en la nave cual cochinillo  
con el espeque en la una y el platanal en la otra,  
quedará su isla nuevamente trocada por el desaparego,  
guardada por las rieles del banquete de peces,  
conociendo zumbido de flauta muy puyado,  
hiriéndole luego la columna con su canción manchada,  
ética del reguero  
cuídeme a este gordo,  
rápido le colocan delantal y los comisarios se esfuman.

Así cumplo tras su desaparición física  
lo que una tarde figuré entre verdes sobre blancos,  
llovía  
cuarenta días en un desierto lleno de ventanas abiertas,  
viscoso miope peatonal con la lengua pegada al paladar leyéndolo,  
yo que de hospitalario y viajero dejé alumbrado el terruño,  
yo que desde el predio del turismo coso higuieretas en la sombra  
ante el valle de las esporas,  
le veré llegar a París rodeado de palmas y gardenias,

un tercer cangrejo dilatará su descanso en el son de su lluvia,  
semillea de alelís un santurcino en la Parguera,  
algún paisano se escabulle del martirio de Roma  
y se come un bacalao en Piñones,  
salta entonces y mea sobre un león muy fornido,  
bienvenida puesta al instante  
en la rampa: una azucena.

Era lo menos que se podía hacer,  
untarlo de menta para los baños florentinos,  
desubicarlo para siempre ante la tarima de los héroes.

Cualquier cosa recuerde  
aquí a sus órdenes,  
enhorabuena por la dimensión que le alberga  
jojoto y níspero,  
jocundo  
queda de usted  
un comensal.